

bres espirituales, mas al fin y al cabo puede decirse que no conocemos perfectamente la vida de la gracia en nosotros, que no tenemos experiencia cabal de ella; pero vendrá el día en que esta vida divina que nos da el Espíritu Santo adquirirá su completo desarrollo, su perfecta floración, y entonces veremos su soberana riqueza: esto sucederá en la *bienaventuranza del cielo*.

No tiene nada de extraño ni incomprendible que esto así suceda. En la misma naturaleza pasa algo parecido en la vida. El niño desde que nace ya tiene sentidos y razón; vida sensitiva y vida intelectual. Con todo, los primeros días ni ve, ni oye, ni huele, ni gusta; los primeros años ni discurre, ni habla. Mas a los pocos días oye; un poco más tarde ve; a los meses empieza a entender y balbucir, a los años habla y entiende más y más; a los cinco, seis, siete años, decimos que usa de la razón.

Así es la vida de la gracia en este mundo: no se experimenta, no ve lo que puede ver, no ama lo que puede amar; o no ve ni ama como puede ver y amar. Sólo ve por fe y con un amor correspondiente a esa fe. Cuando más algunos destellos precoces en los místicos, algunos arrebatos y barruntos en las almas santas. Pero eso, ¿qué es, con ser mucho, para lo que habrá de ser?

Decía San Pablo: «Mientras era niño hablaban como niño, pensaban como niño, discurrían como niño; pero cuando me he hecho hombre, me he desenredado de las cosas de niño» (21). Y así sucede en la vida sobrenatural de la gracia, «porque ahora en parte conocemos, en parte profetizamos; pero cuando llegue lo completo, lo incompleto se dejará» (22). Porque ahora miramos por espejo, en oscuridad; mas entonces cara a cara; ahora conozco en parte, mas entonces plenamente» (23). Y en otro sitio dice el mismo Apóstol: «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vida nuestra, se manifestare, entonces vosotros también apareceréis con El en gloria» (24). Y, en fin, San Juan hermosamente en su primera Epístola

nos dice: «Ved qué caridad nos ha dado el Padre, que nos llamamos hijos de Dios, y lo somos. Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y todavía no aparece lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos como es» (25).

Esa será la perfección y el acabamiento del don del Espíritu Santo, de la vida que nos comunica en este mundo por la gracia. La gracia es un comienzo y como semilla o raíz de la gloria. La vida divina de la gracia en este mundo está escondida como en el niño la vida sensitiva al principio, y la vida racional aun después durante los primeros años. Mas esta vida sobrenatural se nos ha dado para que tengamos los actos que le corresponden, que son el ver y el amar y el gozar divinamente, como corresponde a la vida divina, como Dios: porque el que vive como Dios, ha de obrar como Dios; si no ¿para qué es esa vida?

Ahora bien, esa vida en este mundo está como plegada, como metida en su cáliz, como encerrada en su semilla. Mas, cuando venga la muerte del cuerpo, entonces se desplegará, se desarrollará, adquirirá su complemento connatural, llegará al uso de nuestra razón sobrenatural, y veremos cómo debe ver un viviente divino, y amaremos como debe amar un viviente divino, y gozaremos como debe gozar un viviente divino, un hijo de Dios; y poseeremos, en fin, todo el regalo que nos ha hecho desde esta vida el Espíritu Santo. Y esto es la *gloria*. Como dice San Agustín: «Allí veremos, amaremos y gozaremos descansando: *Vidébimus, amábimus, vacábimus!*»

Para ello nos dará Dios lo que los teólogos llaman *lumen glorie*, «luz de la gloria», es decir, un perfeccionamiento de nuestro entendimiento que le haga capaz de ver a Dios como es en sí. Y el hombre habrá llegado no sólo a la mayor felicidad a que le corresponde llegar, sino a una felicidad superior incomparablemente a lo que le corresponde gozar; y no sólo a una felicidad muy grande, sino a la felicidad mayor que puede darse absolutamente a ninguna crea-